



Aviso Legal

Artículo de divulgación

- Título de la obra: Reflexiones sobre "Latinoamérica en la conciencia europea"
- Autor: Weinberg, Gregorio
- Forma sugerida de citar: Weinberg, G. (1998). Reflexiones sobre "Latinoamérica en la conciencia europea". *Cuadernos Americanos*, 3(69), 51-62.
- Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*
- Datos de la revista:
- ISSN: 0185-156X
- Nueva Época, Año XII, Núm. 69, (mayo-junio de 1998).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

Reflexiones sobre “Latinoamérica en la conciencia europea”

Por Gregorio WEINBERG
Ensayista argentino
Sociedad Europea de Cultura

AGRADEZCO a los miembros de la Sociedad Europea de Cultura esta invitación, y en especial al doctor Leopoldo Zea, que me permite participar en este importante evento que se desarrolla en México y, en días sucesivos, en tres ámbitos de enorme significado cultural y simbólico. La primera jornada se realizó en la Universidad, una de las más viejas y prestigiosas del Nuevo Mundo, rodeados del bullicioso quehacer que otorga un cierto clima democrático a las deliberaciones. La segunda llevóse a cabo en el Archivo General de la Nación, fiel custodio de un riquísimo patrimonio histórico y donde se conservan piezas clave de cinco intensos siglos de vida. Hoy nos reunimos en el magnífico edificio del Fondo de Cultura Económica, uno de los grandes focos culturales de nuestra América, cuyos aportes a la cultura y a la lengua son sobresalientes; aquí se acuñaron miles de tecnicismos y neologismos vinculados a disciplinas como la economía, la antropología, la demografía, etc., con incipiente tradición entonces; y, por supuesto, el más conocido, y trascendente de sus aportes: los miles de títulos de alto nivel e indispensables para ir conformando una verdadera masa crítica de cultura académica y de la cual todos los hispanoparlantes somos beneficiarios.

En estos ámbitos plétóricos de *historia* y de *esperanza* nos corresponde participar, y lo hacemos sin ocultar nuestra auténtica emoción.

* * *

UNO de los libros más influyentes y discutidos del siglo XVIII, nos referimos a la *Historia filosófica y política de los establecimientos y del comercio de los europeos en las dos Indias*, del célebre abate Guillaume-Thomas Raynal, tiene un capítulo bastante suges-

tivo, nos referimos al xv, del libro ix, "Réflexions sur le bien et le mal que la découverte du Nouveau Monde a fait à l'Europe". Un hecho llamativo: perdura el mismo capítulo a través de las decenas de ediciones aparecidas desde la de Ginebra, 1780, hasta la edición de A. Costes, París, 1820. He consultado ambas sin hallar mayores diferencias, hecho singular si tenemos en cuenta el giro ideológico del polémico abate. Esto estaría indicando, desde luego, que la entidad de las cuestiones planteadas está mucho más allá que las posibles modificaciones de los criterios del autor; alude allí a las contribuciones al perfeccionamiento en la construcción de embarcaciones, la navegación, la geografía, la astronomía, la medicina, la historia natural, además de otros conocimientos; y agrega, "todas estas ventajas no estuvieron acompañadas de ningún inconveniente".

Y si se me permite traeré a colación un párrafo elocuente, aunque indirectamente vinculado al tema, pero que mucho nos importa a los latinoamericanos y no creemos haberlo visto citado nunca. Dice Raynal: "Cuando esas colonias hayan alcanzado el grado de cultura, luces y de población adecuados, ¿no se apartarán de una patria que había fundado su prosperidad sobre su esplendor? ¿Cuál será la época de esta revolución? Lo ignoramos; pero necesariamente ocurrirá".

Pero retomemos al tema. Con el optimismo característico del siglo XVIII dice Raynal que los viajes sobre todos los mares han debilitado la altanería nacional; inspirado la tolerancia civil y religiosa; devuelto el vínculo de la confraternidad original; inspirado los verdaderos principios de una moral universal fundada sobre la identidad de las necesidades, de las penas, de los placeres, de todas las relaciones comunes a los hombres bajo todas las latitudes; llevado a la práctica la beneficencia con todo individuo que la reclama, cualesquiera sean sus costumbres, su país, sus leyes y su religión. Pero al mismo tiempo los espíritus se han vuelto hacia las especulaciones lucrativas. El sentimiento de gloria se ha debilitado. Se ha preferido la riqueza a la celebridad, y todo lo que tendía a la elevación se ha torcido hacia la decadencia.

Desde luego que mal podemos compartir tanto optimismo panglossiano como el que se infiere de los citados juicios, pero de todos modos ellos son reveladores de la trascendencia que un europeo de predicamento y documentado atribuía a la influencia del Nuevo Mundo sobre el Viejo.

Testimonio mucho menos apasionado, más científico si se quiere, será el que podrá sacarse de una lectura atenta de la copiosa

obra de Humboldt (el segundo centenario de cuya llegada a las costas americanas se celebrará el año próximo). Sus comentarios ponderados, sus observaciones certeras, sus intuiciones atrevidas son pruebas mucho más atendibles, y por fortuna suficientemente conocidos por todos ustedes, como para reiterarlos. Baste señalar que dos pensadores de desigual magnitud e importancia, pero enorme prestigio, advirtieron esa pluralidad y complejidad de dimensiones de la influencia de América sobre Europa, y desde luego sobre la conformación de su conciencia.

Quiere esto decir que el tema que hoy abordamos ya tiene varios siglos a sus espaldas; implícita o explícitamente las interrogantes estaban anunciadas.

Y de paso recordemos que la palabra "independencia" en el sentido político del término no aparece en el venerable *Diccionario* de Covarrubias, como así tampoco en el célebre *Diccionario de Autoridades* de la Real Academia Española; es voz tardía y América tendrá mucho que ver al darle su acepción actual. En el Littré, del siglo pasado, se la define como "la condición de un Estado, de un poder que no depende de otro".

América, la recién nacida para el conocimiento del Viejo Mundo a fines del siglo xv, desempeñó un papel insuficientemente valorado todavía en la formación de la nueva imagen del mundo y en la conformación de la conciencia europea. Repárese sólo en la magnitud del acontecimiento: al Viejo se suma nada menos que un Nuevo Mundo. Vale decir, para empezar, que la idea misma de espacio se modifica cualitativamente, pues la Tierra adquiere otras dimensiones, con otras peculiaridades las distancias, los tiempos, las estaciones, las constelaciones. En este sentido estamos convencidos que este salto en la idea de espacio ha sido mucho más profundo que el registrado entre la idea de espacio de la ciudad-Estado griega y la del Imperio Helenístico. Al espacio cerrado medieval, al entreabierto renacentista, se opone ahora un espacio desafiantemente abierto, desmesurado, inabarcable por momentos. La conciencia europea debió de conmoverse al enterarse paulatinamente de la aventura que significaba la posibilidad de desplazamiento por tierras desconocidas, de límites impredecibles, y ríos de tal magnitud que, como lo escribe Colón, sus aguas dulces combaten y vencen las del Océano.

Esta desmesura permite reconstruir y rejuvenecer viejas utopías, algunas de las cuales, más que construcciones ideales, como la platónica, abren camino a las de Tomás Moro y a la de Francis

Bacon, y como lo observa Germán Arciniegas, “estas utopías se han convertido en formas de protesta y de ilusión”.

* * *

EL etnocentrismo constituyó siempre una distorsión y un agobio que, por milenios, estorbó el logro de una historia efectivamente universal; el Viejo Mundo pretendía —por lo menos durante un periodo bastante prolongado— monopolizar las claves del proceso y se consideró el eje de los acontecimientos. Diversas podrían ser las vías posibles para superar esa sofisticada forma de provincianismo cultural con ínfulas imperiales. Una de ellas, la más ardua, sería repensar toda la humana aventura a la luz de nuevas categorías de análisis y de las diferentes dimensiones que hoy adquiere este quehacer histórico; otro, relativizar aquella postura demostrando la trascendencia de los aportes y conquistas de las diversas civilizaciones, consideradas marginales, inferiores, subordinadas o sencillamente excluidas del mapa del privilegio. Los hombres que inventaron la historia inventaron también los pueblos fuera de la historia, o marginales a ella, como escribió, con tanto acierto, el maestro Leopoldo Zea.

Pero antes de internarnos en el meollo mismo del tema propuesto permítaseme algunas consideraciones.

La crisis de las cosmovisiones es una de las características de la generalizada crisis contemporánea, pero esta situación no constituye un hecho singular ni sorprendente pues se ha repetido siempre en la historia, toda vez que dichas crisis expresan alteraciones o modificaciones realmente profundas en la sociedad y en el debilitamiento de sus valores, y por consiguiente generan desgarramientos en el tejido espiritual. Son épocas de sacudimientos profundos que alteran las categorías mismas con las cuales nos estamos manejando. Sin anticiparnos demasiado pensemos en las categorías de tiempo, de espacio, de causalidad, de universalidad, etcétera.

Ayer y antes de ayer se discutió mucho en torno a la idea de *universalidad*, pero convengamos que la universalidad que estamos utilizando está teñida de un evidente europeocentrismo. Debemos forjar entre todos una nueva universalidad, una más rica y compleja universalidad que, como sostuvo Leopoldo Zea, asuma y respete todas las diferencias; que recuerde que todos somos diferentes pero todos somos iguales.

* * *

Si bien es un tema hartamente estudiado —sobre todo a partir de los trabajos de Hamilton (en especial *El tesoro americano y la revolución de los precios en España, 1501-1650*)—, la influencia que tuvo en el desarrollo económico de Europa la llegada de cantidades masivas de oro y plata, metales preciosos cuya escasez trababa en cierto modo el desarrollo del incipiente capitalismo, no por conocido podemos eludirlo dada su importancia. Aunque tampoco pueden omitirse otros factores tales como la decadencia de las rutas comerciales del Renacimiento y los consiguientes desplazamientos de los centros de gravitación económica, que se van tornando cada vez más atlánticos.

Muchos son los historiadores de la economía que le atribuyen un papel decisivo a la presencia de esos metales preciosos en el desarrollo del capitalismo y, por supuesto, en la grave crisis de precios que sacudió a Europa, con las consecuencias consiguientes sobre la conciencia europea, y nada digamos sobre la vida cotidiana.

Disponemos de testimonios tempranos de la preocupante situación creada por las nuevas condiciones. Así, el salmantino Martín de Azpilcueta, en 1556, sostiene que “en España, cuando escaseaba más el dinero, los bienes vendibles y el trabajo se obtenían por mucho menos que después del descubrimiento de las Indias, que inundaron el país de oro y plata. La razón de esto es que el dinero vale más cuando escasea que cuando abunda”. Por su lado Martín González de Cellorigo, en su *Memorial de la política necesaria* (1600) escribe: “El no aver dinero, oro ni plata en España, es por averlo, y el no ser rica, es por serlo: haziendo dos contradictorias verdaderas, pues aunque no pueden haber debajo de una formalidad, dar las hemos verdaderas en nuestra España”.

No vamos a historiar, por supuesto, la fortuna de esta expresión tan elocuente, pero desearíamos recordar, simplificando los términos al máximo, que nace entonces, en forma incipiente, pero con rasgos cada vez más precisos la pregunta de ¿qué es riqueza? Pues no sólo estadistas y funcionarios, sino hasta el pueblo en general se preguntaba: ¿qué ocurre pues cuanto más oro y más plata llegan del Nuevo Mundo somos más pobres? Inflación, escasez, desarraigo, son algunas de las consecuencias, las que aparecen registradas en la literatura de la época.

Por su parte Jean Bodin observaba, agudamente, que “la principal y casi única causa del alza era la abundancia de oro y plata procedente de América”.

Por supuesto que todos estos grandes cambios trajeron aparejadas transformaciones en la mentalidad europea, en su conciencia, en sus gustos, en sus costumbres, con desplazamientos poblacionales y con una intensificación del espíritu de aventura. Casi podría asegurarse que el ritmo de la vida entera la pautaba el Nuevo Mundo.

* * *

LA aparición del indio (recordemos que Michel de Montaigne ya escribe “nuestro mundo acaba de encontrar otro”, *Ensayos*, lib. III, cap. VI, y por consiguiente con “otros hombres”) suscitará grandes polémicas teológicas y políticas, detrás de las cuales se advierten no sólo ideas sino también beneficios: se multiplicaron los debates, se convocaron Juntas Consultivas para las Indias, se elaboran admirables recopilaciones de Leyes de Indias, etc. En medio de ese mundo poblado por menciones de autores clásicos como Aristóteles o cristianos como santo Tomás, por sólo citar dos ejemplos, pero también forzado por intrigas e intereses creados, comenzarán a sentarse los cimientos básicos del derecho de gentes o de ideas tan fecundas y trascendentes como la del “buen salvaje”, que llevará a sostener la revolucionaria tesis de la bondad natural del hombre, de tan vasta proyección en las concepciones políticas de siglos posteriores, y a disipar prejuicios que infortunadamente aún perduran, cuando el ya citado Montaigne había visto con lucidez su debilidad intrínseca: “cada cual llama *barbarie* a lo que es ajeno a sus costumbres” (lib. I, cap. XXX).

Ayer, el ilustre maestro don Silvio Zavala ya abordó sabiamente el tema y señaló el significado de aquellos debates, el sentido de las tesis expuestas, para detenerse particularmente en las utopías y propuestas de Vasco de Quiroga. No retomaremos, por consiguiente, tema tan rico cuando fue tan bien tratado. Para quienes se interesen en profundizar este momento recomendamos *La filosofía política en la conquista de América*, del mencionado Silvio Zavala, donde, además, encontrarán una bibliografía crítica para precisar los lineamientos, en este campo, de los aportes intelectuales de génesis americana sobre la conciencia europea. Permítasenos para resumir el asunto sólo expresar que aquellos antecedentes, a los cuales deben añadirse, entre otros, los nombres de fray Antonio de Montesinos, fray Juan de Zumárraga, fray Bartolomé de Las Casas (“defensor de la libertad cristiana”), sin omitir a su opo-

sitor Juan Ginés de Sepúlveda ("partidario de la servidumbre natural") y, más tarde, el de fray Bernardino de Sahagún, constituyen los cimientos de un gran tema, el que hoy llamaríamos "el respeto por el otro", que es una de las grandes conquistas de la civilización a veces amenazada, cierto es, pero que en definitiva prevalecerá porque hace, lo reiteramos, a la dignidad y al destino de *todos* los hombres, siempre diferentes pero también siempre iguales.

* * *

CAMBIEMOS de ángulo de enfoque y consideremos aquellas ideas cuya influencia se hizo sentir en Europa, así Benjamin Franklin, "el hombre que quitó el rayo a los cielos y el cetro a los tiranos", fue una de las personalidades del Nuevo Mundo que ejerció mayor influencia sobre la opinión pública europea; era de las figuras más admiradas y respetadas, como lo confirman numerosos testimonios y una iconografía inmensa. Sabio, político, diplomático, aportó a la sociedad europea la presencia de un verdadero hombre de pueblo convertido en figura paradigmática, que traía en sus alforjas y esparcía sus ideas independentistas. Representante de su país en Inglaterra, defendió los intereses de las colonias, participó en la redacción del Acta de la Independencia de su país; enviado a Francia para solicitar apoyo en la guerra contra Inglaterra fue acogido con entusiasmo en todos los círculos; obtuvo recursos y firmó el tratado de paz. Tuvo oportunidad de ver, en París, cómo se remontaban los primeros globos Montgolfier. De él escribió Mignet:

La vida de Franklin es digna de tomarse por modelo. En ella hallarán consejo y esperanza, aquellos que nacidos en condiciones humildes, faltos de apoyo y de bienes y de fortuna, se sientan deseosos de mejorar su suerte y de distinguirse entre sus semejantes. En ella verán de qué manera el hijo de un pobre llegó a ser rico a fuerza de trabajo, de prudencia y economía; cómo por sí solo cultivó su razón, adquirió los conocimientos más elevados de su época, y educó su alma para la virtud con arte y con esfuerzo que ha querido enseñar a sus semejantes; cómo, en fin, hizo servir su ciencia, sus descubrimientos, su hombría de bien, a los progresos del género humano y a la felicidad de su patria (utilizamos la traducción de Juan María Gutiérrez).

Otro latinoamericano como Francisco de Miranda, "El Precursor", luego de su experiencia norteamericana, donde participó en diversas y significativas actividades vinculadas a su obsesión emancipadora, y quien durante sus viajes conoció a Washington, Jefferson, Lafayette, T. Paine, Raynal, Gibbon, etc., recorrió Europa predicando e intrigando en favor de la independencia del Nuevo Mundo, y en un momento dado de sus correrías llegó a entusiasmar a Catalina II de Rusia, tratando de ganársela para su causa.

Aunque de menor influencia merece recordarse asimismo al peruano Pablo Antonio José de Olavide, de fuerte espíritu reformista; detenido por la Inquisición pudo fugarse a Francia, donde nada menos que Diderot escribió su biografía.

Otro pensador influyente en la formación del trasfondo político de la conmovida conciencia europea del último tercio del siglo XVIII es el inglés Thomas Paine (1757-1809) quien emigró a Estados Unidos en una fecha tan temprana como 1775, donde como publicista que se comprometió con la causa libertadora alcanzó gran popularidad, sobre todo a partir de *El sentido común* (1776); vuelto a Europa edita en 1791 una de sus obras más famosas: *Los derechos del hombre*; ambas tuvieron una amplísima acogida por parte del público general, pues en ellas defiende la causa de las ex colonias americanas. Caso singular, aunque no único, es el de este europeo que se transtierra y retorna para predicar la buena nueva en el Viejo Mundo donde tuvo intensa participación. Escribió Thomas Paine:

Me ha tocado tomar parte en la iniciación y triunfo de la revolución americana. El éxito y los hechos de esa revolución me animaron, y la prosperidad y la felicidad que desde entonces reinan en ese país recompensan con creces los trabajos sufridos y los peligros que se afrontaron. *Los principios en que se fundó esa revolución se han extendido a Europa, y una Providencia desbordante regenera al Viejo Mundo con los principios del Nuevo* (las cursivas son nuestras, G.W.). La distancia que separa a América de las otras partes del globo no le permitió antes llevar esos principios más allá de sus propios límites. Es privilegiado honor para Francia levantar hoy la enseña de la libertad para todas las naciones, y saber que al luchar en sus batallas lo hace por los derechos de toda la humanidad.

Otro de los testimonios más interesantes de la influencia que ejercían las ideas que bullían en el Nuevo Mundo, y se iban transmitiendo hacia Europa por diversos medios, lo tenemos en el hoy

escasamente recordado trabajo de Condorcet, *Influencia de la Revolución de América sobre Europa*, de 1788, es decir un año antes del estallido de la Revolución Francesa.

De este texto desearíamos entresacar apenas dos párrafos, que tuvieron repercusión cierta en la conciencia del Viejo Mundo: nos referimos a los vinculados a los derechos del hombre y a la libertad de prensa, temas, convengamos, de enorme trascendencia contemporánea. Veamos qué escribió Condorcet acerca del primero:

Los derechos del hombre son:

Io. La seguridad de su persona, seguridad que abarca la certidumbre de no ser turbado por ninguna violencia, ni en el interior de su familia, ni en el empleo de sus facultades, de las cuales debe conservar el ejercicio independiente y libre para todo lo que no sea contrario a los derechos de otros;

IIo. La seguridad y el goce de la propiedad.

IIIo. Como en el Estado de sociedad hay ciertas acciones que deben estar sujetas a reglas comunes, como es preciso establecer penas para los atentados ejecutados por un individuo contra los derechos de otro, sea por la violencia o el fraude, el hombre tiene el derecho de no ser sometido, para todos esos objetos, sino a las leyes generales, que abarquen la universalidad de los ciudadanos, cuya interpretación no puede ser arbitraria y cuya ejecución sea confiada a manos imparciales;

IVo. En fin, el derecho de contribuir, sea inmediatamente, sea por representación, a sancionar estas leyes y a todos los actos consumados en nombre de la sociedad. Este derecho es una consecuencia necesaria de la igualdad natural y primitiva del hombre y debe tenerse como meta ideal el que toda persona en uso de su razón, la disfrute. En tanto no se haya alcanzado este ideal no puede decirse que los ciudadanos gocen de este último derecho en toda su extensión. En Inglaterra el uso de eludir por sutilezas, a menudo ridículas, las leyes todavía subsistentes contra la libertad de prensa, el escándalo de los libelos, la venalidad de los escritores políticos, el falso calor de un patriotismo que no se siente, todas esas taras, han impedido advertir una verdad importante, que este país debe el mantenimiento de las leyes y el respeto conservado hacia la parte de los derechos de la humanidad sancionados por la opinión, más a la libertad de prensa que a su constitución. ¿Se creería que viendo que la mayor libertad de prensa de que pueblo alguno haya gozado provoca el florecimiento de la paz y la fraternidad en América, en lugar de excitar al desorden, los gobiernos de los países donde la intolerancia reina, aún continúen creyéndola necesaria a la tranquilidad de los Estados? ¿Se creerá, en fin, que no entienden que pueden obedecer a la voz de la justicia y de la humanidad sin peligro? Antes el fanatismo mostrábase descubierto y reclamaba en nombre de Dios, la sangre de los hombres. La razón lo ha forzado a esconderse; ha tomado la máscara de la política y pide, para bien de la paz, que le dejemos

los medios que la han de perturbar. América probó que un país puede ser feliz aunque no haya en él perseguidores ni hipócritas, y los políticos que no se hubieran convencido de ello al oírlo por boca de los sabios, han de creerlo bajo la autoridad de este ejemplo.

Para finalizar con Condorcet —el tiempo asignado apremia— destaquemos dos pequeñas y densas afirmaciones del mismo: “Sería ignorar que la felicidad de los hombres reunidos en sociedad depende exclusivamente de las buenas leyes”, vale decir que la ley debe estar por encima de la arbitrariedad, de los intereses, de los prejuicios y del humor de los monarcas y sus secuaces.

La otra afirmación alude a otro tópico vigente, tan vigente que reaparece todos los días en la prensa europea y aun mundial. Dice Condorcet que la libertad de prensa establecida es uno de los derechos más sagrados de la humanidad, “el de decir y oír las verdades que se crean útiles”. Reflexiónese sobre la actualidad de ese par de ideas-clave de la democracia enunciadas hace ya dos siglos y en cuyo trasfondo está presente la vida política del Nuevo Mundo, aunque en este caso con referencia directa al quehacer político del hemisferio norte.

* * *

UN pensador europeo, posterior por cierto a Condorcet, cuya vigencia parece más perdurable pues sus ideas siguen siendo protagonistas del siglo xx e influyeron profundamente sobre la conciencia europea al transmitir su experiencia americana es Alexis de Tocqueville. Esta afirmación nuestra puede ser muy fácilmente demostrada si recordamos las numerosas traducciones de su libro *La democracia en América*, cuyos dos primeros volúmenes aparecieron en 1835; los dos siguientes vieron la luz en 1840 sin alcanzar el éxito de la primera entrega. Sus obras mayores culminan con *El antiguo régimen y la Revolución* de 1856 (la enorme difusión de *La democracia en América* queda registrada en la magnífica edición que de esta obra hizo el Fondo de Cultura Económica y registra cuán tempranas y cuántas fueron esas versiones a otras lenguas y no sólo a las más difundidas). A juicio de Tocqueville bajo la palabra *democracia* se escondía el gran problema —irresuelto— de la relación entre libertad e igualdad. Para enfocarlo observa la influencia de la democracia sobre las instituciones y costumbres políticas de los americanos; en el segundo volumen

aborda la influencia de la democracia sobre las ideas, los sentimientos y las costumbres de los americanos. Por eso subraya: "Los americanos han sabido adoptar sus instituciones liberales a un estado social democrático". Y la igualdad social conduce a la igualdad política.

"En la mayor parte de las operaciones del espíritu, todo americano apela solamente al esfuerzo individual de su razón", y no a la tradición, a sus antepasados, ni a los hombres superiores de su tiempo (como se hace en las edades aristocráticas). Cada uno extrae solamente de sí mismo la regla de su juicio; cada uno, encerrado estrechamente en sí mismo, pretende juzgar desde ahí al mundo. Como cada uno es impulsado, por el mismo movimiento, a concluir que todo el mundo es explicable y que nada sobrepasa los límites de su inteligencia. Por lo demás en ello encontramos una aplicación inconsciente, por los americanos, del método del libre examen individual de todas las creencias. Método generalizado —aunque no inventado— por los filósofos franceses del siglo XVIII. Método que permite atacar cómodamente todas las cosas antiguas y abrir camino a todas las nuevas. Método que, en este sentido, era no "solamente francés sino democrático, lo que explica por qué ha sido admitido tan fácilmente en toda Europa, cuya faz tanto ha contribuido a cambiar".

"El contraveneno de la *igualdad*, en donde nace el individualismo, es la *libertad*. Digo que para combatir los males que la igualdad puede producir no hay más que un remedio eficaz, que es la libertad política".

Enemigo Tocqueville de la centralización, es partidario por supuesto de la descentralización: "Se ve que la doctrina del interés bien entendido que sin cesar tienen en la boca los americanos se le aparece a Tocqueville como un poderoso medio suplementario de combatir el individualismo instintivo de los hombres igualitarios". Sin instituciones comunales la nación puede darse un gobierno libre pero no tiene el espíritu de la libertad porque el interés bien entendido morigera el individualismo.

Continúa Tocqueville: "Para que los hombres sigan siendo civilizados o lleguen a serlo es necesario que entre ellos se desarrolle y perfeccione el arte de asociarse, en la misma relación en que cree la igualdad de las condiciones". Y más adelante: "Las naciones de nuestros días no podrán hacer que en su seno no sean iguales las condiciones; *pero depende de ellas* que la igualdad las con-

duzca a la servidumbre o a la libertad, a las luces o a la barbarie, a la prosperidad o a las miserias”.

Y prosigue Tocqueville, hablando contra lo que él denomina el “individualismo destructivo”: 1) descentralización administrativa, libertades locales y provinciales. El trabajo comunal es un gran elemento de orden y tranquilidad pública; 2) la creación de asociaciones de todo tipo: políticas, industriales, comerciales, científicas, culturales; 3) sentido de responsabilidad, la pasión por el bien público. Se propone reconciliar la individualidad y la libertad con la igualdad democrática.

* * *

DESDE luego podríamos ampliar la lista de pensadores, escritores, políticos y viajeros que dejaron testimonios, que influyeron sobre la conciencia europea desde los siglos XVI en adelante, es decir, hasta nuestros días, con el conocido auge de la literatura latinoamericana, no sólo traducida a decenas de lenguas sino de un interés que excedió muy ampliamente el académico, y que varios Premios Nobel corroboran. Pero debemos respetar los tiempos sugeridos por los organizadores.

* * *

POR eso, y para finalizar, expresemos, junto al sincero reconocimiento a los organizadores de esta reunión, nuestros votos porque este magnífico Seminario Internacional convocado por la Sociedad Europea de Cultura, reunido en México, contribuya a consolidar un nuevo humanismo, más comprensivo, más abarcador, más generoso, es decir, menos excluyente; y favorezca simultáneamente el surgimiento de una cosmovisión a la altura de estos tiempos “nublados”, por no llamarlos de crisis.

No es casual que dos de los mayores testimonios del humanismo renacentista sean el *De hominis dignitate*, de Pico de la Mirándola y el *Diálogo de la dignidad del hombre*, de Fernán Pérez de Oliva, vale decir que, como de esos mismos títulos surge el propósito último de todos estos afanes y quehaceres es luchar por fortalecer la dignidad del hombre, objetivo que coincide con el espíritu de esta noble Sociedad Europea de Cultura.